

# ¿Por qué no formuló un español la teoría de la evolución por selección natural?: de "Mambrú" a Darwin pasando por Birmingham

A. Martínez Abraín

IMEDEA (CSIC-UIB). Avda. dels Pinars 106, 46012 El Saler. Valencia (Spain).  
TE: 34 961610847

---

➤ Recibido el 28 de mayo de 2007, aceptado el 28 de mayo de 2007.

---

Tenemos tendencia a pensar, de manera bastante irracional e infundada, que las cosas que ocurren en la vida sin nuestro control se deben al azar o al 'destino'. Sin embargo, olvidamos una tercera vía, que es la habitual responsable de todo tipo de acontecimientos: la contingencia. La mayor parte de las veces las cosas suceden por pura contingencia histórica, es decir, porque previamente ha acontecido algo que ha condicionado que el rumbo que va a seguir un avatar cualquiera sea uno en concreto de entre los posibles. Si pudiésemos dar marcha atrás e influir en uno de los eventos precedentes encadenados, el resultado final sería completamente distinto.

A lo largo de este ensayo argumentaré que el hecho de que fuesen dos ingleses victorianos quienes propusieron que la evolución procede por selección natural se debe, en gran medida, a una compleja cadena de hechos contingentes a una escala geográfica y temporal muy amplia, y no a un hecho casual ni a una especial predestinación de la sociedad anglosajona por la historia natural. No obstante con ello no quisiera restar importancia a la histórica dejadez activa (cuando no frontal oposición determinista) de los poderes fácticos y oficiales de nuestro país en contra de la acumulación de conocimiento. Inquisiciones y exilios son buena prueba de ello.

Esta historia comienza a las puertas del palacio de Blenheim, uno de los más majestuosos palacios del Reino Unido, situado a las afueras de Oxford, junto a la villa de Woodstock (<http://www.blenheimpalace.com/>). Este palacio fue la residencia de John Churchill (1650-1722), lejano pariente de Winston Churchill, quien ostentara el título de primer duque de Marlborough. Sobre las ciclópeas puertas del palacio se halla un escudo con un águila de dos cabezas y un emblema a sus pies que, sorprendentemente, reza en la lengua de Cervantes: "Fiel pero desafortunado". Y es que John Churchill fue realmente desafortunado ya que, entre otras cosas, no consiguió llevar a buen puerto las tareas que la reina Ana de Inglaterra le encomendó como capitán general de las tropas inglesas en la guerra española de Sucesión. A pesar de sus triunfantes victorias en los Países Bajos (como la de Blenheim, que da nombre a su palacio), las cuales dejaron al imperio español sin las tierras de Flandes, las tropas británicas no pudieron conseguir que el ejército confederado (compuesto por Inglaterra, Portugal, Países Bajos y Austria) venciese finalmente la guerra. En concreto el 25 de abril de 1707, hace ahora justo 300 años, el ejército austracista al mando del general Galway, que defendía los intereses del archiduque Carlos de Austria, pierde en Almansa (Albacete) la batalla contra las tropas franco-españolas, al mando del duque de Berwick. A partir de ese momento Felipe de Anjou (Felipe V), nieto de Luis XIV, rey de Francia (*le Roi Soleil*), se convierte en el primer monarca español de la saga borbónica. El caso es que Marlborough fue incapaz de cumplir los designios reales y desde entonces es recordado en el cancionero popular español bajo el nombre castellanizado de "Mambrú"...el que se fue a la guerra...qué dolor...qué dolor...qué pena.

Los enemigos internacionales de la casa de los Borbones eran poderosos, y con el objetivo de poner fin a la guerra de la Sucesión y consolidar así el gobierno borbónico, se firma en 1713 el famoso Tratado de Utrecht, por el que España cedió casi todas sus posesiones en Europa. Pero lo que más interesa ahora remarcar aquí es que Inglaterra (además de botines tan generosos como Gibraltar o Menorca), se llevó como prenda el comercio de esclavos de las Américas.

Tendemos a pensar, con buen criterio, en la componente ética del tráfico de esclavos pero olvidamos a menudo las tremendas repercusiones económicas que tal actividad tuvo para Inglaterra. Si unimos el comercio de esclavos, al pirateo corsario alentado desde el trono y a los beneficios de la actividad prestamista a los endeudados monarcas españoles, tenemos como resultado que el botín de las Américas, al menos desde el siglo XVIII, fue recaudado fundamentalmente por Inglaterra y otras naciones de la Europa central. Como nos recuerda Eduardo Galeano en “Las venas abiertas de latinoamérica” con ese flujo de dinero, los nuevos mecenas, financian en estos países a toda una casta de técnicos que tiene como consecuencia última la sofisticada máquina de vapor de James Watt, que conduciría finalmente a la revolución industrial inglesa del siglo XVIII. Mientras esto ocurría en el mundo anglosajón, Francia preparaba su revolución (1789-1799) para acabar con el antiguo régimen absolutista y España yacía defenestrada tras las pérdidas de Utrecht, por lo que pocos recursos podían ser invertidos en ambos países en el I+D de la época. Tan sólo 75 años después de la revolución francesa, Napoleón asesta su golpe de estado e invade España, haciendo aún menos verosímil la posibilidad de desarrollo de ambas naciones.

La revolución industrial fue feroz con el pueblo llano. En las ciudades donde esta actividad surgió, como Birmingham, la explotación infantil estaba a la orden del día, si bien también surgió, como consecuencia directa de lo anterior, una clase acomodada de empresarios, liberados de las actividades productivas y, por tanto, con abundante tiempo libre que dedicar a las actividades de ocio.

En el seno de esta casta de nuevos ricos generados por la revolución industrial, nació en Shrewsbury (condado de Shropshire), el 12 de febrero de 1809, Charles Robert Darwin, quien llegaría a cambiar la concepción de la historia de la vida sobre nuestro planeta. Mientras tanto en España, a penas un año antes, se producía el levantamiento del 2 de mayo de 1808 contra los invasores franceses frente al Palacio Real de Madrid, que marcaría el comienzo de la guerra de la Independencia, al tiempo que Hispanoamérica comenzaba su propia guerra de Independencia respecto a España. Charles fue internado por su familia en la escuela local, a pesar de que su casa natal se encontraba a escasa distancia. Tras esta dura etapa inicial de su vida se trasladó a Edimburgo, a la edad de 16 años, para estudiar medicina, forzado por la circunstancia de que tanto su padre como su abuelo paterno fueron médicos de renombre. Sin embargo, tan sólo dos años después abandonaría sus estudios por falta de vocación, e ingresaría en el Christ's College de Cambridge para seguir una carrera eclesiástica. Tras licenciarse a los 22 años, el profesor John Henslow, conocedor de la vocación naturalista de Darwin (dado que éste asistía de manera voluntaria a sus clases, cuando no estaba ocupado cazando, montando a caballo o coleccionando objetos de la naturaleza) consiguió que lo aceptasen como naturalista de a bordo en el buque Beagle, que surcaría el mundo durante cinco largos años, como todo el mundo sabe. A la vuelta de su viaje Charles se casó con su prima Emma y ambos se trasladaron a vivir a Londres y, poco después, a Down (condado de Kent), donde Charles se retiró hasta el final de sus días (acaecido el 19 de abril de 1882) para cuidar de su maltrecha salud, pensar y escribir. En 1859, a la edad de 50 años Charles se ve obligado a publicar su extraordinario “Origen de las especies por medio de selección natural...” poco después de apercebirse de que otro compatriota, Alfred Russell Wallace, había llegado a conclusiones similares a las suyas viajando por el archipiélago malayo. Aunque Wallace procedía de una familia humilde, como lo era la de Henry Walter Bates, con quien Wallace viajara al Amazonas en 1848, la sola posibilidad de convertirse en viajeros por algún medio sólo es concebible dentro del marco socio-político de la Inglaterra del XIX.

Recapitulando, la bonanza económica de la Inglaterra decimonónica, debida a la revolución industrial, debida al dinero del tráfico de esclavos en las Américas, debido a la guerra de Sucesión española, debida a que el último monarca de la casa de Austria (Carlos II, el Hechizado) muriera sin dejar descendencia, llevó a que existiese la posibilidad de tener a muchos intelectuales ingleses liberados del trabajo por la supervivencia, dedicados a viajar y a pensar, de entre los cuales dos dieron simultáneamente con una de las principales claves de la historia de la vida en la Tierra, tras inspirarse en los, por cierto, equivocados tratados demográficos de otro pensador inglés: Thomas Malthus, contemporáneo de ambos...que desconocía todo lo relacionado con los mecanismos denso-dependientes en el crecimiento de las poblaciones.

El principio de evolución por selección natural no fue formulado presumiblemente por alguien llamado, pongamos, Carlos Martínez, debido, en gran medida, a que la batalla de Almansa fue ganada por Berwick y no por Galway, y porque nuestra oportunidad de tener un país ilustrado se fue al traste debido a la conquista napoleónica y al absolutismo del repuesto Fernando VII, quien estrenó el cargo derogando la Constitución de las ilustradas cortes de Cádiz. Curiosamente la segunda esposa de Fernando VII, Isabel de Braganza, fue la responsable de que el Museo del Prado no se consolidase finalmente como Gabinete de Historia Natural, objetivo para el que fue diseñado en tiempos de Carlos III.

Escribo esto para recalcar, aunque no debiera ser necesario hacerlo, que no hay nada intrínseco en los seres humanos de unas u otras naciones que expliquen el mayor o menor progreso de las ciencias en una u otra esquina del globo. Baste recordar que en Timbuktú, Mali, existió en el siglo XII una de las primeras universidades de la historia de la humanidad, coincidiendo con la extraordinaria riqueza comercial alcanzada por la ciudad en el mundo árabe de aquella época. Los progresos alcanzados en naciones particulares se deben a largas cadenas contingentes que se pueden remontar cientos de años atrás. Un cambio ligero en uno de los eslabones iniciales hubiera dado lugar a un resultado completamente distinto. El disfrute de la naturaleza (en un marco de intensa explotación de los recursos naturales) era un privilegio exclusivo de la aristocracia inglesa del XIX y las huestes de apasionados paseantes británicos que ahora invaden sus deforestadas montañas cada fin de semana emulan, de algún modo inconsciente, los lujos de las clases favorecidas del pasado.

(En Birmingham...)

*Me apetecen unas mandarinas y entro en la tienda de la esquina de mi barrio temporalmente adoptivo y dudo entre comprar una cestilla de clementinas de Quatretonda o una de la Pobla del Duc, provincia de Valencia. Caramba, ¡vivimos en un mundo realmente globalizado!, pienso para mis adentros; impresión reforzada por el hecho de que los dependientes de la tienda sean pakistaníes, que se defienden con el inglés poco más o menos igual que yo. Sin embargo, pensándolo mejor, que los dependientes sean pakistaníes y no ecuatorianos se debe, en gran medida, a que la actual Pakistán era parte del imperio británico, de quien se independizó en fechas bastante recientes. Así que los pakistaníes de la tienda ni estaban predestinados para acabar vendiendo comestibles en una pequeña tienda del centro del Reino Unido ni es casualidad que acabasen haciéndolo. Simplemente su actual cometido no es independiente de todas y cada una de las andanzas de los británicos por la India, y por dos quintas partes de las tierras emergidas de nuestro planeta, en siglos pasados. Su presencia en el Reino Unido en el siglo XXI es contingente por tanto con el área de distribución de la Pax Britannica.*